

El prestigio de la belleza: una autobiografía falsa

Piedad Bonnett

TRAS LA PUBLICACIÓN DE SU ÚLTIMO LIBRO DE POEMAS EN ESPAÑA, *LAS HERENCIAS* (VISOR), LA ESCRITORA COLOMBIANA PIEDAD BONNETT ACABA DE SACAR A LAS LIBRERÍAS UN TOMO AUTOBIOGRÁFICO, *EL PRESTIGIO DE LA BELLEZA* (TUSQUETS), EN EL QUE RETRATA SUS AÑOS DE INFANCIA Y EL DURO CAMINO QUE SUPUSO ABRIRSE PASO A TRAVÉS DE SÍ MISMA Y HACIA LA LITERATURA. EN ESTE TEXTO, LA AUTORA DESVELA LAS CLAVES DE ESE PROYECTO

Tendría veintitrés o veinticuatro años cuando comenzó para mí un largo período de esterilidad literaria. Es verdad que todavía no había publicado ninguno de mis libros, pero había escrito ya uno de cuentos –que por fortuna nunca vio la luz– y un número considerable de poemas. Como desde la adolescencia había tenido claro que quería ser escritora y había cursado mi carrera de letras sólo con ese propósito, aquel repentino agotamiento de mis capacidades creativas me sumió en una crisis de ansiedad y descontento que pronto desencadenó toda clase de males físicos y una depresión de meses. Me dediqué entonces, tratando de superar aquel profundo desánimo, a preparar con todo ahínco mis clases, resignada ya a mi prematuro fracaso y a asumir mi único destino, el de profesora.

Tres o cuatro años más tarde, sin embargo, cuando mi frustración estaba en su nivel más crítico, una experiencia personal, no mucho más honda que las del resto del mundo, hizo brotar, como un pequeño milagro, un poema. Y detrás de éste, otro y otro, hasta permitirme configurar mi primer libro, *De Círculo y ceniza*.

Desde entonces dejé de temerle al bloqueo de la escritura, porque la experiencia me ha enseñado que los temas «llegan» siempre que no haya prisa ni angustia, y que si la pulsión literaria es fuerte en nosotros, tarde o temprano la escritura se nos impone como una necesidad y nos proporciona el aire adicional que necesitamos.

En mi caso, casi siempre un libro sale de otro. Cuando vislumbro el final del que estoy escribiendo –y esto también sucede con los de poesía– veo venir ya el siguiente, con una sensación de alivio. Dos ejemplos: el poema «La cicatriz en el espejo», de *El hilo de los días*, hizo resonar en mí el tema del cuerpo, núcleo temático de *Ese animal triste*. Y Martín, un personaje apenas bocetado en mi primera novela, me pidió contar su historia en la segunda, *Para otros es el cielo*.

El proceso de gestación de *El prestigio de la belleza* se dio, en cambio, de manera totalmente distinta. Una vez publicada mi tercera novela, *Siempre fue invierno*, me embarqué en el proyecto de escribir en primera persona la historia de un indigente que es reencontrado por un amigo de su padre después de una desaparición de varios años. Iba ya bastante adelantada en su escritura cuando leí *La biografía del hambre* de Amelie Nothomb. Fue en un avión, el lugar donde han cuajado muchas de las ideas de mis poemas y mis novelas, quizá porque siempre que me subo a uno de ellos me despido de mi existencia y entro en un estado de vulnerabilidad que permite a mi mente divagar de una manera distinta. Ya había leído otras novelas de esta escritora belga, siempre leve, aguda y divertida, pero esta tuvo la capacidad, no sólo de encantarme, sino de disparar muchos de mis más remotos recuerdos de infancia. Y no precisamente porque hubiera sido yo la niña hermosa y mimada que ella fue, sino la regordeta y desasosegada adolescente que emerge en las últimas páginas. Como acostumbro hacer en esos casos, llené los espacios del libro de apuntes desordenados y de recuerdos brevísimos que, después de salir colgados del anzuelo lucieron como inofensivos peces muertos.

Me olvidé de ellos hasta que la lectura de dos libros –las memorias de Doris Lessing, y *El mundo*, de Juan José Millás– avivó las emociones de aquel trayecto de avión. Entonces, sin poder hacer

otra cosa, detuve la escritura de mi novela en la página setenta y cuatro y me dediqué a escribir la que después, por agradecimiento con la Nothomb, titulé con una frase suya: *El prestigio de la belleza*.

Dijo alguien, no sé quien, que a un escritor lo atrae una idea o una historia cuando esta encierra una promesa. Promesa de descubrimientos, de belleza, de ambigüedad, de complejidad, de sentido. En fin, una mínima garantía de que rebasará la emoción primaria o la mera anécdota. Las promesas que me hacía la historia de una niña que rápidamente percibe que a su madre le parece fea eran cuantiosas: tratar el tema de la fealdad y la belleza, en una sociedad que no acaba de separar esta última de condiciones raciales y parámetros muy estrechos; mostrar el proceso de construcción de una personalidad en contravía de un aparato represor que comienza en el padre y termina en los colegios, pasando por la religión y su manejo de la culpa y el castigo; hablar sobre las grandes experiencias de la infancia y la adolescencia: los primeros contactos con la enfermedad, la muerte, el miedo, el amor, Dios. Y, ya en un terreno más autobiográfico, novelar la experiencia de la familia que se desarraiga de la provincia buscando mejores horizontes en la ciudad, que promete educación para los hijos y novedad para los padres, y denunciar las injusticias y mezquindades de la educación religiosa.

Pero tal vez lo que definitivamente me atraía era enfrentarme a la experiencia de lo autobiográfico. Y no precisamente como oportunidad de bucear en mi propio pasado y saldar cuentas pendientes —que también pasó— sino de darle un manejo literario atractivo, hondo, y original hasta donde se pudiera.

El tema de lo autobiográfico viene siendo trabajado en la academia desde hace ya varios años, pero además se ha renovado a través del manejo que le han dado grandes escritores del momento. El ejemplo más reciente es *Verano*, la novela de J.M. Coetzee, quién disuelve sabiamente realidad con ficción hasta despistar totalmente al lector en relación con la verdad. Uno de sus personajes repite lo que siempre hemos sabido: que todos «inventamos continuamente la historia de nuestra vida». De modo que, así como aquel que se ocupa de elaborar su autobiografía hace una selección de hechos que silencia lo que quiere y resalta lo que le

conviene, creando una ficción de sí mismo, así el novelista se nutre de sus recuerdos y experiencias entregándonos secretamente un hilo biográfico.

Nunca estuvo entre mis intereses escribir memorias. Mi vanidad no llega a tanto. En *El prestigio de la belleza* quise hacer lo que he llamado una autobiografía-falsa, una fusión de verdades e invención que se dio de manera natural, pues el pequeño personaje pronto caminó solo, hizo cosas que yo jamás hice y conoció personas y vivió situaciones que no están en mis anales. Los epígrafes que escogí dan cuenta de mis intenciones: «También la verdad se inventa», de Antonio Machado, «...todo el secreto consiste en parecer mentiroso cuando se está diciendo la verdad», de Ricardo Piglia, y «¿Cuánta verdad contar?», reflexión que se hace Doris Lessing, y que nos hace pensar en el pudor, esa indudable virtud del buen escritor, que sabe que su oficio no puede ser pretexto para verter sobre el pobre lector el magma insoportable de sus íntimas confesiones.

La estructura episódica, el tono, la decisión de poner a narrar a un ser adulto y no a una niña, la inclinación al humor y la ironía, la búsqueda de lo poético, se impusieron como necesarias. Lo demás fue creer en lo que narraba, tener paciencia, hacer pausas reflexivas, no deprimirme con los tropezones, intentar no aburrirme nunca.

Debo decir que, independientemente de cualquier mérito, esta novela tiene uno: es la primera de las que escribo que le gusta a mi madre. Y eso que allí la pinto como la mujer bella que, con crueldad involuntaria, le hace sentir a esa niñita de ojos mínimos y grandes cachetes que yo era, la tristeza de no contar con lo que sí contaban sus hermanos: el universal prestigio de la belleza ©